



El dulce vicio de escribir



E. M. Ciorán

Manía Epistolar

Habiendo tenido la suerte de no haber ejercido nunca ningún oficio ni trabajado en libros serios, he dispuesto durante toda mi vida de gran cantidad de tiempo, privilegio en principio reservado a los mendigos y a las mujeres. Mendigos, hay cada vez más, pero no se rebajan a escribir; en cuanto a las mujeres, ahora van a la oficina, infierno idiotizante. La carta como género se halla amenazada, pues eran ellas las que sobresalían en él. Imposible imaginar hoy a una Madame du Deffand, que ha sido, si no la mayor, ciertamente la más profunda epistógrafa francesa. Ciega e insomne, dictaba a su secretario en plena noche sus cartas, cuyos principales destinatarios fueron Voltaire y Walpole. Nunca se ha escrito nada más agudo sobre la experiencia más devastadora que existe: el hastio, privilegio precisamente de quienes disponen de todo su tiempo. Aburrirse es mucho más torturador que soportar un trabajo, aunque sea en el fondo de una mina: aburrirse es experimentar la nulidad de cada instante con la certeza de que el siguiente será más nulo aún.

La carta, conversación con un ausente, constituye un acontecimiento capital de la soledad. La verdad sobre un autor debe buscarse en su correspondencia y no en su obra. La obra es con frecuencia una máscara. Un Nietzsche interpreta en sus obras un papel, se erige en juez y en profeta, ataca a amigos y enemigos, y se coloca orgullosamente en el centro del futuro. En sus cartas, en cambio, se queja, es un miserable, un enfermo, un pobre tipo, lo contrario de lo que es en sus despiadados diagnósticos y vaticinios, verdadera suma de diatribas.

Me resulta imposible releer una novela de Flaubert; sus cartas, sin embargo, siguen estando vivas. No puede decirse lo mismo —excepción trágica— de las de Proust, exasperantes a más no poder, insoportablemente obsequiosas, escritas por un mundano que deseaba a toda costa disimular su verdadera vida. Nunca he tenido la tentación de releer una sola, mientras que los dos últimos volúmenes de *La recherche du temps perdu* (*Le temps retrouvé*), que son lo más sutil y conmovedor que hasta ahora se ha escrito sobre la ignominia de envejecer, los he leído y releído con una avidez casi convulsiva.

Pero dejemos los grandes ejemplos. En este tema, en el que la indiscreción es de rigor, todos poseemos una experiencia personal, y es por ello legítimo hablar de uno mismo sin necesariamente pecar de orgullo. Habiendo tenido la suerte, como ya he dicho, de ser toda mi vida un desocupado, he escrito un número considerable de cartas. La mayoría se ha perdido, sobre todo las de mi juventud. Si lo deploro, no es porque tuvieran el mínimo valor objetivo, sino porque únicamente a través de ellas hubiera podido volver a encontrar a quien fui antes de llegar, a los veintiséis años, a Francia. Puesto que carezco del único medio de reconstruir a aquel individuo, sólo conservo de él, una imagen abstracta. Vivía en una ciudad de provincias, desde donde escribía a una amiga de Bucarest, actriz y... experta en metafísica, largas cartas sobre mi condición de loco sin locura, que es el estado de quien ha sido abandonado por el sueño. Pues bien, no hace muchos años esa amiga me contó que había quemado, a causa de un miedo que no tenía nada de

metafísico, aquellas lucubraciones epistolares. Así desapareció el único testimonio esencial sobre mis años infernales. Los cinco libros que había escrito en rumano en la misma época me parecen hoy más o menos extravagantes. Los libros, en el fondo, son accidentes; las cartas, acontecimientos: de ahí su soberanía.

Mucho más que las nuestras, son importantes para nosotros las cartas que recibimos. Cuando en 1949 publiqué mi primer libro en Francés, el *Breviario de podredumbre*, en la buhardilla del hotel del Barrio Latino donde vivía, recibí de una desconocida una carta exaltada hasta el delirio que me hizo pensar en el acto: "Tras esto, seguir escribiendo es inútil. Tu carrera está terminada". Fue un sentimiento de apogeo y de final. Febril, laténdome el corazón violentamente, salí a la calle, incapaz de seguir solo más tiempo. Mi existencia de eterno estudiante de repente acaba de adquirir un sentido. La autora de esa epístola, una joven provinciana a la que más tarde vería una sola vez, me contó entonces detalles inauditos sobre su vida que aún hoy no puedo revelar.

Al indolente, la correspondencia le da la ilusión de la actividad. Nada le halaga tanto como ir a Correos a echar una carta cada día... Durante muchos años mantuve una correspondencia sin objeto con toda clase de trastornados. Pero es con las mujeres desequilibradas o no, con quienes la correspondencia es realmente interesante, pues con ellas no se sabe nunca a dónde se va. Desde hacía más de un año, una señora me escribía regularmente elogios desmesurados, ditirambos de los que hacen palidecer de vergüenza. Yo no la conocía, y no tenía ninguna gana de conocerla. Una tarde, víctima de un exceso de tedio, sentí de repente el deseo de oír mentiras agradables, tranquilizadoras, susceptibles de hacerme olvidar los argumentos, insidiosos y sólidos, del desprecio de sí mismo. Llamé, pues, por teléfono a la señora. Primera sorpresa: una voz cautivadora, irresistible. Le dije que me gustaría charlar con ella. Una hora más tarde estaba ante mi puerta. Al verla, no pude evitar una carcajada, que no pareció turbarla: era una anciana encorvada, pequeña, casi enana, extrañamente vestida, y que llevaba además gafas negras. La hice entrar y la dejé hablar. De pie, durante cuatro horas, me contó toda su vida con gran cantidad de gestos y todo lujo de detalles (me habló incluso de su noche de bodas), y ello con un talento inesperado y un lenguaje a la vez refinado y vulgar que me hicieron pasar de la consternación al enternecimiento y del asco a la complicidad. "¡Lástima que sea yo el único que disfruta de estas maravillas y horrores!", me repetía constantemente. Inútil precisar que permanecí casi mudo toda la tarde. "¿Por qué razón he asistido a semejante espectáculo?", me pregunté una vez acabado. A causa de mi curiosidad mórbida por los seres, de mi manía de escribir cartas y de responder a las que recibo. Desgraciadamente, hoy he perdido ya esa manía. Sin saber cómo, me ha abandonado, y esa deserción me ha revelado, mucho más que otros síntomas de todas las clases, que en adelante debo conformarme con interpretar el vergonzoso papel del superviviente.

(Tomado de *La Mariposa Mundial*)

